



El Arzobispo  
de Santiago de Compostela

## **HOMILÍA en el FUNERAL por D. JAIME GARCÍA Catedral de Santiago, 26 de noviembre de 2009**

Nos unimos a vuestros sentimientos, queridos familiares de nuestro hermano sacerdote Jaime, y querido Cabildo, elevando nuestra oración al Dios Padre, dador de todo consuelo, pidiéndole que le haya acogido en su bondadosa misericordia.

D. Jaime ha terminado ya la última etapa de su peregrinación terrena, dejando el tiempo de la prueba para adentrarse en la eternidad de la recompensa. También él proclamó muchas veces a lo largo de su vida: “Creo en la vida eterna. Amén”. Es allí donde habrá gozo y alegría y donde nuestros deseos de felicidad serán colmados. Sólo Dios que nos ha creado a su imagen y semejanza, será nuestra plenitud.

En estos momentos quiero dirigiros una palabra de esperanza en la perspectiva de la luz de la resurrección. Esta es la clave para interpretar el sentido de esta celebración de fe. Cuando nacemos, venimos a la vida para un destino de eternidad, y morir es ir al encuentro de la realización de ese destino con toda la dignidad del ejercicio de la libertad que se nos da para agradar a Dios y santificar su nombre en la vida y en la muerte. En la resurrección de Cristo se nos garantiza la vida y en su muerte se nos asegura la proximidad fiel de Dios al dolor y a la muerte, notas de nuestra condición de peregrinos hacia la ciudadanía de los santos. La persona muere sola, pero quien muere en Dios Padre, sabe que será acogido en sus brazos como le aconteció a Jesús.

Nuestra vida es mortal, pero no es para la muerte que viene en esa hora siempre incierta, momento en el que se pone a prueba toda la verdad. No debemos trivializar la muerte, pues sería también trivializar la vida. “Sólo quien sabe dar razón de la muerte y dar amor gratuito y agradecido a los muertos, sabe dar razón de la vida y amor a los vivos. Dios nos creó llamándonos desde la nada, y nos resucitará llamándonos desde la muerte. Un gran misterio nos envuelve. Pequeños somos y al mismo tiempo sublimes: “¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?” (Ps 8,5). “En la vida y en la muerte somos del Señor, pues para esto murió y resucitó Cristo: para ejercitar su poder a favor de los que viven y de los que mueren” (Rom 14,7-9). De ahí nuestra convicción y nuestra fortaleza ya que ni la vida ni la muerte son poderes superiores a Cristo, y por tanto nada nos puede arrancar al amor de Dios manifestado en él.



El Arzobispo  
de Santiago de Compostela

Bien sabéis que no es la celebración de la Eucaristía el contexto para hacer el elogio de nuestro hermano, por otra parte bien merecido. En todo caso, de él podemos decir que ha sido un sacerdote de afectos silenciosos y de eficaces realizaciones, con un sentido profundamente religioso y espiritual. Se responsabilizó con generosidad y entrega de las distintas misiones que la Iglesia diocesana le encomendó en el campo del apostolado laical, también como Vicario de Enseñanza y Catequesis, como Canónigo y como Delegado de Peregrinaciones, manifestando una gran devoción al Apóstol Santiago y gastando su vida en la acogida material y espiritual de los peregrinos. Esta tarde le acompañamos con nuestro recuerdo, oración y veneración, expresando el valor indestructible de la persona. El sabía que “la virtud se basta a sí misma y hace a la persona digna de ser amada cuando está en vida y memorable después de la muerte”.

Vivió su última enfermedad con serenidad y sosiego. Y ayer como de puntillas ha dado el paso definitivo a la unión con Dios para participar en la propia existencia eterna pues el mismo Dios en persona es el premio y el término de todas nuestras fatigas. “Considero, escribe san Pablo, que los trabajos de ahora no pesan lo que la gloria que un día nos descubrirá” (Rom 8, 18). “Todos tenemos un “día y hora” que Dios Padre conoce”. Es momento de preguntarse: ¿no deberíamos esperar ese día con el mismo entusiasmo, ardor, deseo y sobrecogimiento ante el Don que nos espera?”. Habría que “mirar ahora nuestra vida con los ojos y el corazón que tendremos en ese momento último y definitivo: ¡Lo que en el momento de la muerte tiene importancia, la tiene ahora! ¡Lo que en ese momento sea accidental, también lo es ahora! En definitiva: ¡sólo Cristo y sólo el Amor es lo importante!... ¡Sólo Cristo, y sólo su Amor es la Vida!”.

Ante la muerte, centinela que vigila constantemente el misterio, al hacer memoria en la fe de nuestro hermano recordamos las palabras de Jesús: “Esta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de lo que me dio, sino que lo resucite en el último día. Esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que ve al Hijo y cree en él, tenga vida eterna y yo lo resucitaré en el último día”. “La misericordia del Señor no termina y es el paño limpio y blanco que debemos tener en nuestras manos para presentarnos a Él, reafirmando que la última palabra la tiene Dios y es siempre la palabra de la vida. Solamente esa esperanza puede consolar adecuadamente la pérdida humana de un ser querido y dar sentido a su vida y a su muerte, a sus proyectos y trabajos. Jesús nos sigue diciendo: “Venid a mi todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré”, animándonos a mirar al cielo y a levantar nuestras espaldas encorvadas por el peso de nuestra existencia.



El Arzobispo  
de Santiago de Compostela

Con vosotros doy gracias a Dios por nuestro hermano sacerdote que acogió la llamada del Señor para vivir una vida sacerdotal con toda fidelidad. La gracia que Dios ha transmitido por su ministerio sacerdotal, pedimos que se haga plenitud de su persona y su santificación última. Para él también nuestro reconocimiento y gratitud por su entrega y generosidad. Si dejamos en herencia aquello que amamos, él amó profundamente a esta Diócesis. Se lo agradecemos.

Entremos en el misterio que celebramos: la muerte de Cristo entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación. Confiados en el perdón y en la justificación que nos ofrece, dejemos el destino de nuestro hermano en sus divinas manos con la intercesión de nuestra Madre María y el patrocinio del Apóstol Santiago. Gracias a todos los que en su vida le ofrecisteis vuestra cercanía, ayuda y cordialidad. Agradezco vuestra presencia, signo de vuestro afecto y consideración con nuestro hermano, y manifestación de vuestra comunión en la fe y en la esperanza cristiana. Al decirle esta tarde a Dios Padre que se cumpla su voluntad en nuestro hermano, sabemos que estamos pidiendo que se realice su decisión de confirmar la fragilidad de esta vida con la plenitud de la Resurrección. Resucitar es sacar de nuestro letargo lo mejor que hay en nosotros: la semilla de la inmortalidad y esto sólo lo puede hacer Cristo que es la Resurrección y la Vida. El Dios de la paz y de la esperanza sea para todos nuestra fortaleza, pues nada podrá arrancarnos del amor de Dios otorgado en Cristo. Amén.

+Julián Barrio Barrio,  
Arzobispo de Santiago de Compostela